

tarea. Es ley de todo cuerpo organizado que, para funcionar bien, necesita un aprendizaje. Es una verdad que el negociante en ciernes debe comenzar por llevar las cartas al correo; que para llegar a ser buen posadero es menester haber sido mozo de posada: es indudable que, para desarrollar el ingenio, es necesario en primer lugar hacerle concebir lo que es identidad y dualidad, en seguida el número, y que sin esto, ni aritmética, ni álgebra, ni cálculo infinitesimal le será accesible; y no es menos cierto que toda parte de un organismo empieza por un estado de extremada sencillez en el que no tiene más que una función insignificante, y que, para llegar a su forma definitiva, pasa por diversas fases, complicándose sin cesar.

Un corazón no es al principio más que un saco que puede contraerse; un cerebro es, en sus comienzos, un ligero ensanchamiento de la cuerda espinal.

Pues bien, esta ley se aplica igualmente a la organización de la sociedad.

Un aparato, para funcionar bien, debe no haber sido hecho con arreglo a un plan preconcebido y ejecutado de un golpe por los legisladores; es menester que haya salido poco a poco de un germen; nada ha de agregársele de nuevo que no haya sido primeramente exigido, luégo ensayado por la experiencia; sólo después de esta prueba se puede pensar en una nueva adición, y únicamente por este método de tanteos puédese formar un aparato conveniente.

Un hombre probo recibe dinero en depósito; de ahí, poco a poco, nace todo un vasto sistema de bancos, con sus billetes, sus *cheques*, sus tratados, sus complicadas transacciones, con su despacho, en fin, de cuentas corrientes. Machos de carga, luégo carrioches, luégo coches, luégo vehículos de vapor sobre caminos apropiados; tales son los grados sucesivos